

Asociación Patrimonio Siglo XXI - Homenajes

PRESENTACIÓN

A González Blanes

Recuerdo - Homenaje a los

Pioneros de la Etnografía del Campo de Cartagena:

Casimiro Bonmatí, trovo y sensibilidad

Joaquín Ferrándiz Gutiérrez, pasión por lo cotidiano

Ginés García Martínez, el culto a la lengua

Julio Mas García, la pasión científica por la cultura material

Ángel Roca, el trovo hecho sangre

Carlos Romero Galiana, el enamorado de los molinos de viento

Asensio Sáez, el poeta de lo eterno-popular

2003

ASENSIO SÁEZ, EL POETA DE LO ETERNO-POPULAR

Francisco Henares Díaz

Hoy y aquí es la etnografía del Campo de Cartagena la que nos hace recordar a Asensio. Pretendo (entre la mucha literatura vertida en honor de Asensio) apuntar aquí, en especial, a su contribución a la etnografía. La antropología, tan ancha y variopinta hoy, es mi guía esta vez. Por cierto, con Asensio, sin otra luz ni guía sino la que en el corazón ardía.

Por descontado tengo que la zona de La Unión no sería lo que es sin los ojos de aquél. Las cosas son lo que son, ya lo sé, pero también lo que se dice de ellas, a saber, la representación que se tiene de ellas, y hemos ido heredando trecho a trecho. Son, pues, dos modos de existir separables, pero convergentes en su recepción. En buena parte, Asensio le ha puesto a La Unión la letra y la canción. Le ha puesto el «imaginario» de alucinante que esa zona tiene. No se lo ha inventado, es verdad, pero nos ha llevado a que miremos por sus propias gafas (grandes, por cierto), y nuestro foco de luz se ha parado (parada y fonda) donde él decía. De lo contrario, ¿cómo descubrir el pueblo si la linterna de Asensio, y su regodeo azoriniano esta vez, no nos alumbrara de esta manera:

Calles. Gentes. Persianas en verde. Balcones y miradores. Detrás de sus cristales siempre ha habido aquí una muchacha. Leyendo, bordando, mirando el «paso» con ramos de tulipas encendidas de Jesús, en la Semana Santa; la manifestación de los mineros en huelga, la carroza florida que finge un joyero dieciochesco... Ya anciana, esa mujer ha continuado detrás de sus cristales. Un día, además de la procesión, del festejo, del minero revolucionario y descreído, pasará por la calle un entierro, y parte de la

historia de La Unión se irá detrás de ese ataúd donde sonríe dulcemente alguien con el pelo muy blanco y el rostro rayado en cien arrugas, mientras se abre un hueco definitivo detrás de uno de esos cristales.

Vivir en el pueblo, amar al pueblo, y casarse, de por vida, con el pueblo, tiene sus grandezas agradecidas, por más que de tan comunes, alguien piense que ni se notan. Pero nadie es tan inadvertido que no alcance lo que uno también se pierde quedándose. Por boca del propio Asensio está dicho, mirándose al espejo:

Esto te ha faltado a ti: marrullería, mañas para hacerte notar, aquellas dosis tesonera para pulsar timbres, hacer pasillos; Pero sobre todo astucia, que no suerte; la suerte es otra cosa.

Quienes lo conocemos, sabemos bien que dentro de una bondad a todas luces, no hay hueco, sin embargo, para el no darse por enterado, para no verlas venir. Muy al contrario. Es buen crítico. No tiene los ojos del halcón, pero sí la sonrisa del que calla, pero no otorga. Ante un mundo de avispados y aprovechones (también en el mundo de las letras) él sabe cuánto se ha perdido por ser hombre del pago, y no ave de despachos capitaleros. Lo cual no es envidia. Creo que no hay en toda la literatura de Asensio un solo envidioso. Y mira que desfilan por ahí mendigos, excarcelados, solteronas, viudas, sacristanes, sirvientes, y hasta curas con dejes de soledad. Tal le ocurre a él. Tras los trepas de despachos, no hayamos miedo de que se le vayan los ojos. Cual si se hubiera varado como un esquife en su pueblo, es capaz de escribir de sí mismo: continúa creyendo que escribir sigue siendo el ejercicio más apasionante, lúcido y trascendental que puedas realizar. Y como pintar y escribir suenan a un son en él, esos tres adjetivos ocupan, por igual, el cuadro y el ejercicio.

Pienso también que si los pueblos y las geografías no tuvieran los ojos de alguien que los ha mirado antes, y luego los devuelve a la literatura, nada sería igual en aquéllos/as. Es posible también que cualquier geografía no sea más que esa infancia tuya vivida allí; o esa visita que te marcó para siempre, porque allí y así estabas tú entonces al verla; o porque una mano subyugante (un Dante entre cielo y purgatorio), te fue llevando de la mano, y esa ciudad es ya literatura en tu forma de captarla. De hecho ¿qué serían nuestros viajes cada vez que retornamos al sitio, qué sería esta Venecia deseada sin su literatura y arte en torno, qué esa Roma sin su idealización entre pagana y cristiana? En nuestra literatura actual hay notables ejemplos de esa vocación por el propio pueblo: el Moguer de Juan Ramón,



Asensio Sáez.

bienamado e insistente; el rural de M. Delibes. Y dentro del mirar al pueblo, además, también hay una variedad notable. La hay entre el Azarías o el Dani del vallisoletano y la pitera, o la chumbera de Asensio, y si se tercia a la Conchita la Peñaranda, o Emilia la Satisfecha de éste.

Y es que el amor al pueblo no puede inventarse. El de la ciudad, creo que sí. El rural que se marcha a la ciudad, a lo mejor se acomoda a ella, pero como un Jano bifronte, tiene puestos los ojos siempre en su pueblo. Quiero decir que se inventa una ciudad donde sobrevivir, pero ¿cómo se inventa un pueblo si uno no lo ha vivido, no lo lleva en sus raíces, o no se ha pasado la vida oyendo historias de arrieros en la memoria sobrecogida?

Como Asensio es un fabulador, un imaginador, el pueblo llano queda siempre a la espalda, al amor de la lumbre como un rescoldo. Queda por entre las venas y veneros de sus cuentos, sus poemas, metapoemas, y greguerías-breverías. Del mismo modo que las caras de sus niños, en sus pinceles, paran el tiempo, y lo propio hacen sus pajaritas, sus damiselas encopetadas, y sus carrozas tiradas por caballos, y nos retrotraen a nuestras pantallas del recuerdo, así esos otros personajes imaginarios. Pluma y pincel son sólo dos caras de la misma moneda. Es así como cobra vida un personaje perdido del Sureste español (Levante almeriense, Mazarrón, El Cañar, Cartagena de Levante, La Unión) y se inviste de minero. Mucho habla de él Asensio. «Su sombra —dice— siempre lo ha manchado todo aquí trágicamente». Un personaje más lleno de literatura y cine dramáticos que el rural, el del Campo de Cartagena, por ejemplo. Tan es así que casi falta una literatura plácida sobre Portmán o Las Herrerías, o Sancti Spiritus o el Cabezo Rajao. Y así desde Polibio o Estrabón. Te muerde, pues, un repeluz cuando remiras el museo minero, y sin embargo no enerva tanto acaso el museo de la vertedera, el aparejo, la artesa o el cedazo. ¿Daltonismo injusto, fijación morbosa, idealización de Abel frente a lo cainita? ¿El agro frente a los metales? Sea como fuere, el personaje minero, su mundo y su obra, no sólo ha poblado la zona, sino que ha marcado el reloj, el paisaje, y el entender la vida. Tres llaves de toda antropología. Creo que nadie por aquí ha hecho del minero un mosaico de bien y cabreo como Asensio. Culto y cultura popular, lucha por el jornal, y muerte prematura como destino-desatino. Y lo peor, la estela que eso deja. Escuchemos:

Cuántas recién casadas, contemplando aún las varas de azahar sobre la fría jarra, como en la Anunciación, cambiarían alfileres blancos de boda por tocas de viuda. Cuántas novias por casar se quedarían bordando flores sobre el mantel nupcial, iniciales en blanco sobre las grandes sábanas que

gastarían ellas solas. Sí, sería terrible el duelo de las novias, de estas esposas, de estas amantes de luto riguroso, mujeres de sangre encendida y mora que no se avenían a perder lo que un destino aciago les negaba, y que gritaban enronquecidas, como personajes de una tragedia griega, ante el cadáver manchado de tierra del amado, Dolorosa sin puñales, Dolorosas paganas para estos Cristos humanos, amarillos y rotos, en andas de su terrible Viernes Santo minero.

La quintilla antigua hecha copla se encargó de remachar el duelo y el escalofrío:

*Sólo al minero le ayudan
el talento y el valor.
Corta piedra blanda y dura;
siempre de la muerte en pos,
trabaja en su sepultura.*

Demos un cambio. Pasemos a esa otra literatura en la que habita una crítica con humor amable, jamás befa ni escarnio, y que traspasa la narrativa de nuestro autor. Recorren ese imaginario seres como la gorda, un personaje a caballo entre la ciudad y el pueblo, una Gracia de Rubens, entrada en carnes, pero con esperanza de que vuelva un día la moda de antes, es decir, la de las gordas, pero simpáticas y felices. O vemos a esos dos seres misericordes que son la viuda y el sacristán, una revitalización de personajes que no gozan hoy de aura televisiva ni aplauso. O, en fin, esa doña Lola, su vecina, que gana un viaje a Holliwood, su sueño dorado, ya que no en vano, guarda como oro en paño una colección de aquellos programas de mano, en octavilla y a tecnicolor («Cumbres borrascosas», «El Tercer hombre»), que eran delicia, y además nos metían «en cómodos cines sin pipas ni chicles, con moqueta amortiguadora de los pasos del zapatón, toda la sala sumergida en un silencio de sancta-sanctorum». Gentes, objetos, ilusiones, personas, realidades. Flor de una antropología ya ida. Cuesta imaginar a todos esos seres sin las plazas y replacetas de un pueblo. Corre por aquí, por añadidura, un menosprecio de corte y alabanza de aldea. Sin desabrimiento alguno, justo es decirlo.

Y si de etnografía vamos, entre pincel y toque literario siempre en Asensio, también habrá que agradecerle esa obra, que (esta vez hasta en el título) nos sirve de zaguán a la ancha casa. Es de 1988, y se titula *La Unión. Aproximación a su etnología*. He ahí algo que todavía pueden hacer algunas personas: recoger el eco.

Se necesitan ganas, pero también una edad con lustros. Por eso, es patente el cariño por la foto vieja, la postal rancia, el cartel modernista que nos quedó. Aparece todo ello una y otra vez por la ficción de sus cuentos, es cierto, pero ahora, lo ha preferido además entremezclado con el documento. A la vera de una narración de personajes, hechos y costumbres del pueblo, puede aparecer de pronto la vivencia juvenil de una «mona de Pascua», con su yantar entre risas, bromas (¿a que te esclafo el huevo duro en la frente?), con su forma tan propia la mona del horno, y un tantico con su receta: «de pasta de harina y en medio aprisionada por la cruz de masa, el huevo cocido, con su pajizo mundo interior».

Y no digamos nada de ese mini-almacén de fiesta resurrecta que fueron las cruces de mayo en nuestra comarca, y que las barrió una Ilustración, la cual sentía desazón ante lo popular y, según ella, ante formas vulgares del pueblo que ríe. Escribe Asensio:

Con el altar en que bajo un palio de colchas y encajes, relucía toda una feria de adornos y baratijas que nada tenían que ver con el verdadero signo de la fiesta: pendientes, rosarios, estampas de colores, muñecas, cojines pintados, collares, sortijas, búcaros con ramas de paraíso...

Veamos esta otra escena y escenario. Al punto de construirse una ermita, que espera ser gran parroquia un día (así acontece luego en La Unión, con Justo Millán, un arquitecto de rango), se erige aquélla rodeada de gran plaza hasta hoy. Dan a ella las casas, pero dan también las tantas de la noche, sobre todo en verano, porque hay tiempo de madejar y desmadejar la crónica secreta y pública del pueblo, en boca de las vecinas: ésta que ha llegado con su familia de Huércal-Overa; la otra que sirve de camarera en un café cantante (¡que se vaya preparando!), el viejo que lía el cigarro en una hojita de papel de fumar (todavía no es «la hoja roja», menos mal, pero es de la marca de El Rey de espadas). ¿Dónde estarían hoy esas cosas sin la persona que las mira. Las cosas sin el hombre son como el perro sin su amo. Creo que nos lo dijo Gloria Fuertes. Por eso, cuando vemos una silla de anea, una mecedora antigua, una farola de gas, una blusa larga de obrero (quizás ya sólo en museos) acertamos entonces a recolocar todo en su sitio, cabe la placeta de la iglesia, y el reloj dando las doce en tertulia. Y en marujeo, quizás. Como tantas cosas, la copla recogió arte y parte de eso. Ser de aquí o venir de fuera ha tenido su aquél, no se crea usted. ¡Quién lo dijera en tierra como La Unión y Cartagena donde los de fuera siempre fueron aluvión! Del terruño, nadie como en el que ahí nació, piensan muchos. El pique contra el forastero, tenía su saboreo de orgullo por

lo suyo, pero también de xenofobia de aviso, como si el forastero hubiese atravesado el Misisipi. Hay coplas al canto para demostrarlo:

*En la villa de La Unión
no cantan los forasteros
mientras que vivan Chilares
y el Rojo el Alpargatero.*

Pero ¡anda que no se andaba listo el de fuera! Lo mejor era devolver la pedrada con argumento total. Por ejemplo:

*Porque no soy de La Unión
me llaman el forastero.
¡Yo canto como el primero
el cante que me enseñó
el Rojo el Alpargatero*

No todo se quedaba en palabras de la tarde noche, bien fuera entre las hamacas, bien fuera entre los cantes. Ahí estaban las coplas de ciego, que viene de tiempo atrás, pero que persistieron en la zona, no queriendo morirse. Romances al aire, sí, pero que hoy guardamos en cajitas de plata, acuciando a alguna anciana que nos recite y nos diga, y recuerde y avive el seso y despierte... La literatura oral en un mundo casi analfabeto como el de las minas, corría de boca en boca, al viejo estilo de la juglaría. Era el ciego personaje popular entre familias sencillas. Quizás por eso fueron guardando éstas en su memoria, como en cofrecillos, el romance de la Madre de Dios, el de San Antonio («con su primoroso cerquillo y su tirso de azucenas de tela»), el de la venta de Jesús, el de Sta. Bárbara, patrona de los mineros. Y para que todo huela más a cera, hasta el romance del minero José. El romance este, como en los testamentos clásicos, hace una introducción a la Virgen María. Luego narra sus ahogos: el hundimiento de la mina *Consolación* aprisiona a José. No halla de pronto la salida. La Virgen intercede y, como en Berceo, ocurre el milagro. El minero José sigue vivo. Alguno de estos romances (el de S. Antonio) es toda una apoteosis de reparto de papeles y suplantación de personajes. Eso si no dice más de lo que aparenta en el «dramatis personae».

No se queda tampoco en simples palabras la cocina, sino en paladeo, y más si se habla del *salao* o del *caldero*, desde Portmán a Cabo de Palos. O se habla (¡mira qué humilde!) de la tápena, que en salmuera, iba de pobre por la vida, y ahora en la

pizza va a lo rico. Y ya en plan humilde, el higo chumbo. Pasas por las paleras de la tapia o del camino, y ni cogerlos se digna la gente. Empeño caro, ciertamente, ese de pincharse como entre un alfiletero de maldiciones, mire usted.

Uno se pregunta —repasando charlas con Asensio y escritos suyos— si quedará alguna faceta del vivir de la zona que él no haya reseñado en esa antropología de andar por casa. Con recuerdo propio o ajeno. No en vano surgen acá y acullá citas: un recorte de periódico en vieja entrevista; un programa del año de la polka, que sacaba la Editorial Levante en 1923 (*se reparte gratis*, decía); o una tarjeta de invitación a cenas y homenajes, porque comer y homenajear, en esta tierra, pescan con la misma caña. Tengo interés en destacar estas aportaciones tuyas, porque hay peligro de que entre loa a su *pintura de remembranza*, y laude a su literatura de modernismo estilista, con picotazos, a la vez, a modas actuales de chicha y nabo, se olvide este su ministerio impagable. *Ministerio*, puesto que Asensio transustancia lo que toca. No tomo esta palabra en un traspie. Sé que cuando nuestro escritor oficia y toca algo tan humilde como la copla, la láguena, el castillete, o la memoria de quienes nos precedieron, es sencillamente para elevar hacia lo alto. La etnología tiene algo de sacerdotal. Si no fuera por el amor puesto en ella las cosas se quedarían como están, sin el toque de su resurrección. El pan y el vino, si sólo se agarran a lo útil se mueren de vulgaridad. Su *transustanciación* la da la solidaridad del pan o la fraternidad y fiesta del vino.

Una etnografía a caballo entre el cante y la literatura (y el contexto social perdido, evidentemente) lo pone el cangilón de la copla enterrada. Nunca se olvide que la copla anda emparentada con el trovo, como si habitara en la vivienda de al lado. Pero emparentada porque por entre las venas se escapan borbotones de vida, en uno y otro, gargantas de sangre, sudor y lágrimas, que en el fondo, eso es toda etnografía. La que nunca ha fallado, junto con su amiga íntima, la fiesta.. Asensio lo explica: *un cante que al mismo tiempo que es escalofrío es hoguera, y que tiene tanto de nardo cimbreante como de abierta navaja*. Quizás es que dentro de la estética duerme la pepita del drama, pero somos tan frívolos que deseamos que así no sea.

Quizás por eso mismo, uno de sus servicios singulares lo ha hecho Asensio con su casi última obra. Se titula *La copla enterrada. Teoría apasionada del cante de las minas*, y se trabajó desde hace años con la ayuda de una pensión de literatura de la Fundación March. A diferencia de otros escritos sobre el género, aquí hay pasión enterrada. Añadamos la razón: del mismo modo que ninguna página de Asensio huele a academicismo, éstas tienen ahora sabor a paisaje, a oreo de terreras, a ascética de copla minera, a roble de vino que coge grados. Y a cromo de caja de pasas, si la copla llega al café cantante y alza vuelo en un mantón de Manila de la

Satisfecha. En esa visión de la copla, que en Asensio nunca es tragedia bronca, sino contrapunteo, deben haber influido los dibujos e ilustraciones de las primera décadas del siglo XX, que llegaban de la mano de su padre en la bandeja de *Blanco y Negro*. Perfectamente encuadernados, como una herencia para cada Año Nuevo. En un capítulo (el VIII) del citado libro se nos habla de la influencia del trovo en el cante. Más redes, más estructuras para comprender. Algo tan rico del Campo de Cartagena como el trovo no se encierra en su caparazón, sino que como vía de agua en galería minera, se abre paso hacia otras afueras. Entronques con el cante. Lo dice Asensio, con humor e ingenio, acerca del sol de la trovería: *José María Marín, un perfecto octosílabo, su propio nombre*. Ya se ve que los acentos valen no sólo para la buena ortografía, sino también para el cante.

Con eso de que Romano Pontífice no hay más que uno, se nos olvida que pontífices somos todos, aunque habitemos en nuestro pueblo sin ir a Roma. Permítaseme recordar que el étimon de pontífice significa *hacer puentes*. Por vocación pictórica y literaria, pero también por edad, Asensio se hallaba como pocos, para tender puentes entre dos tiempos: un mundo que se iba, y otro dispuesto a arrollar a aquél. La vida, que es como un tren. O así la hacen. Un peligro este de arrollar sin quedarse con nada de la estación penúltima.

Ha puesto él en pedestal de admiración, por el contrario, toda la zona minera, como si fuera un *partidario* más entre el turismo que avasalla, y la Cartagena siempre intramuros. Ha recuperado lo que parecía extinguirse, y lo ha retenido él, bien en los ojos (mucho llegó a ver todavía por la edad), bien en los oídos, atentos para no perder sílaba de aquello con soplo del Oeste y turbión del Sur. Alabar, bendecir y bien-decir es labor de dioses, no de conservacionistas tan sólo.

Con tal espíritu, no extrañará a nadie que él fuera impulsor y creador principal del Festival del Cante de las Minas de La Unión, cuya vagoneta recorre hoy toda la cultura internacional. Otra vez —como tantas— lo particular se hace universal, la Mancha del Quijote es un mapamundi. Y tu calle ya no es tu calle, que es una calle del mundo. Una paradoja que se sustenta sólo cuando el arte se acrisola. ¿Cómo algo que ha desaparecido (menos ese paisaje que estremece bajando a Portmán) puede perpetuarse en un Festival hoy? Acaso por los hombres y mujeres que dieron pasto de sobra con su vivir. Y acaso también por hombres con ojos agradecidos de hoy que no quieren que tanta historia se derrame como se derrama la sal por la mesa, y pone nervioso a todo el personal. Ojos pontífices que no quieren que nada se pierda. Las cosas pasan de moda, o se pierden, pero no los ojos que las resucitan de consuno. Dos de esos ojos privilegiados habitan todavía en la Calle Mayor de La Unión, número 110. Abajo hay una librería, tan de familia, arriba,

balcones y miradores por donde asomarse al pueblo y a la lejanía. Adentro, todo un mundo de recuerdos: desde esas camas de herencia en las que da casi comezón acostarse, de tan bellas (tres siglos han visto ya) hasta esas carpetas de cientos de cartas con firmas de oro, dirigidas a quien ahí vive. A la vez, una pinacoteca agradecida, puesto que muchos de los cuadros son regalo de los propios autores a Asensio.

Desde su terruño, alardea éste de unionense, de cartagenero, de murciano, y desde la Región, alardea de sentimientos católicos, universales. En tiempos de cerrazón más nos valdría aprender de estos pontífices, que tanto mestizaje traen.

Mantiene en su casa Asensio (éste no se ha vendido) un cuadro de su mano. Bellísimo busto, cuadro digno de robárselo, apenas se descuidara, mientras hablamos largo. Esa linda señorita modernista me mira, cuello de paloma, elegancia abrochada. Se toca con un sombrero de verde pompa y pulpa esférica. ¿Saben ustedes qué es el sombrero cuando uno se acerca y casi quisiera palparlo como a lo prohibido? Un repollo de huerta, fruto y frutero capital. No sé si con la irrigación novísima de nuestro Campo se consiguen tales globos vegetales de deslumbramiento y postín. Lo que sí sé es que el mestizaje del tiempo y de estética nos salvan de la vulgaridad. Los puentes entre la belleza y la tierra que nos parió se parecen cada día más a la escala de Jacob. Lo mismo valen para subir que para bajar. Todo es lucha con el ángel. Pero todo es cielo. O camino del cielo.

Bibliografía, escogida, de Asensio Sáez:

Cuatro esquinas;

Monasterio de S. Ginés de la Jara, y en pliegos de cordel, vida y milagros del Santo;

Libro de La Unión (tres ediciones);

La Unión: su antología;

El templo del Rosario, de Justo Millán;

Crónicas del Festival Nacional del Cante de las Minas;

Libro de las cuatro estaciones;

Cuentos;

La Unión: aproximación a su etnología;

La copla enterrada;

Cuentos de bolsillo;

Cuentos de Navidad;

Más cuentos.

Las colaboraciones en periódicos son innumerables. De hecho, están a punto de publicarse, por ejemplo, sus artículos en *ABC* (de 1965 al 2003). Ancho y largo colaborador en *La Verdad*, de Murcia.

Es premio Hucha de Plata de Cuentos, del Ciudad de Murcia, del Gabriel Sijé. Fue finalista del Nacional de Literatura.

Sus pinturas se hallan repartidas en pinacotecas y museos (Bellas Artes de Murcia, Banco de Bilbao, Ayuntamiento de Cartagena, CAM, Museo Minero de La Unión, etc.).

ÍNDICE

Presentación	5
A. Candelas Moreno	
Cuentos: <i>Resonancia mero y sensibilidad</i>	7
Francisco José Franco Fernández	
Joaquín Tardón, <i>Cartagena: canto a la vida cartagenera</i>	11
Juan Miguel Rodríguez Escudé y José Sánchez Canosa	
Gloria García Martínez, <i>lengua y cultura</i>	19
M. Ángela García del Toro y M. Rafaela García del Toro	
Julio Mañ García: <i>la pasión científica por la cultura material</i>	31
Antonio González Blanco	
Semblanza del teatro: <i>Ángel Boca Martínez</i>	41
Agustín Díez González	
El doctor Carlos Romero Calsum: <i>semblanza de una pasión por los molinos de viento y el Campo de Cartagena</i>	57
Carmen Ojeda Beltrán	
Agustín Siza, <i>el poeta de lo eterno-popular</i>	63
Francisco Herrera Díaz	